

50 AÑOS DE ARTICULISMO

MANOLO

FRANCISCO BARRIONUEVO

Manolo se cruzó en mi camino, o mejor dicho yo me crucé en el suyo justo unos meses después de la muerte de mi padre. En esos primeros momentos vi en él al padre que ya me estaba faltando. Sin embargo, en cada encuentro la diferencia de edad entre nosotros se iba acortando, debido sobre todo a su impetuosa actitud; mutabilidad y velocidad ante lo que no le interesaba. Este estilo tan particular me hizo ver en él a un coetáneo amigo. Y qué decir de su infatigable estómago, la envidia de todos, capaz de digerir, sin mayor problema, los menús más exquisitos de sus restaurantes favoritos: Frutos, María, Salmuera y Godoy.

Ciertamente los dos venimos de mundos distintos. Él odia madrugar y yo odio trasnochar. Mi ambición en el plano profesional gravita alrededor de la creación y gestión de empresas, algo que choca frontalmente con la esencia del mismo Manolo, que sintetiza a un hombre sin apriorismos, reglas ni corsés, que no planifica y evita con disimulo todo lo que suene a compromiso banal. Sin olvidar el detalle de que Manolo sigue haciendo su columna diaria a la que nunca ha faltado desde hace más de medio siglo. Eso sí que es compromiso y lo demás es cuento chino.

Manolo y la tecnología son como el agua y el aceite, nunca se mezclan por más que se intente. En mi condición de empresario del sector TIC pocas coincidencias teníamos sobre nuestros círculos de amigos y costumbres. Este sin embargo es el gran enigma que suele sucederse entre dos desconocidos, al que unos llaman química y otros más refinados «feeling». Realmente me hizo falta poco tiempo para sumarle a la corta lista de Amigos con mayúsculas que uno tiene.

Manolo resulta ser un personaje de esos surgidos de novelas y, por desgracia, una especie en peligro de extinción. Un representante inequívoco del nihilismo positivo. Un egregio poeta y periodista, pero sobre todo una gran persona que no deja a nadie indiferente.

No puedo dejar pasar la oportunidad de hablar de la Fundación Manuel Alcántara. Ha cumplido un año de vida desde su constitución; muy a pesar de los sandios agoreros congénitos de actitud pesimista que en nuestra Málaga hay por doquier. Esos que de manera subrepticia y adrede tienen como profesión el poner trabas y piedras en el camino, permaneciendo a la espera de cualquier tropiezo de las buenas iniciativas para inferir la tan manida frase: ya lo decía yo...

Verdaderamente son dos los años transcurridos desde que surgió la idea, o más bien la chispa creadora de esta fundación, halo de esperanza para los tiempos que nos han tocado vivir de prisas, banalidades y cultura de lo crematístico versus auténtico.

Por suerte tenemos Manolo para rato y desde aquí quiero hacer una promesa a él y a Málaga: seguiré dedicándome a la Fundación y estaré ahí apoyándola para que su legado quede a cubierto y pueda ser el deleite de generaciones venideras in *perpétuum*.



HAY UNA FUENTE EN ROMA

JUVENAL SOTO

A Manuel Alcántara

Si la loba de Rómulo viniera
asida por las alas de Marcelo,
si la rubia, la sueca, desde el cielo
a la fuente bajase y me quisiera

de Fellini contar cuanto supiera,
de su boca pasarme un caramelo,
un verano, la música de un chelo
y la luna de Roma y la manera

de rodar la película y la vida,
-el papel del actor y la temida
bajada del telón-, ese derroche

de cinta descuidada y confundida,
bagatela del mundo que convida
a ser la eternidad y a ser la noche.

Soneto inédito de Juvenal Soto que formará parte de su próximo libro de poemas *Compañeros de viaje*.

¿Y SI MANOLO, EL MAESTRO, FUERA LARRA?

TEODORO LEÓN GROSS

La pregunta parafrasea otra que se hizo décadas atrás Eugenia Serrano, tras la muerte del gran César González Ruano, en el viejo *Abc*: «Y si César, el marqués, fuera Larra?» Hay frases que se guardan equivocadamente para las exequias. Alcántara, todavía en plena forma para hacer cada día los cien metros lisos de su artículo corto pero nunca corto, con la muñeca más segura de la esgrima literaria en la prensa española, no requiere la coartada póstuma de una esquila para preguntarse esto en voz alta: ¿Y si Manolo, el maestro, es Larra?

Desde luego es más fácil reconocer la altura de Larra en aquel Madrid lúgubre de Fernando VII por el que apenas circulaban las páginas grises de *La Gaceta* o *El Correo Mercantil* dejando resplande-

cer *El Duende Satírico* o *El Pobrecito Habrador* aun siendo fugaces, que ahora, en esta España de los mejores años de la modernidad, llena de diarios excelentes; y es más fácil reconocer aquel Larra enorme entre las siluetas menores de los costumbristas Mesonero Romanos o el joven Bretón de los Herreros, que hacerlo ahora, compartiendo aceras con Umbral, Raúl del Pozo o Manuel Vicent, por citar tres de otros tantos grandes; y es más fácil reconocer el valor de una obra corta de textos largos como la del malogrado romántico que la obra larga de textos cortos de Alcántara: medio siglo, quince mil páginas. Desde luego ahora es más difícil reconocer a Larra pero sin duda Alcántara es Larra, como González Ruano era Larra, y Julio Camba, y Mariano de Cavia, y Pedro Antonio de Alarcón,

porque Larra es el ADN del articulismo literario español, el código genético que vertebró el árbol genealógico de un género que en España ha deparado algunas de las mejores letras de la modernidad, como el ensayismo en Francia, los libros de viajes en Inglaterra o las biografías a lo ancho de Centroeuropa. Alcántara es Larra y un liberal de la misma urdimbre -tolerante con las ideas, quirúrgico en la sátira social, incondicional de la medida humana- como se le dijo hace pocos días en un emocionante homenaje en Madrid, coincidiendo con el estreno de su última primavera septuagenaria, por más que ningún homenaje podrá igualar el sacramento sencillo pero sensacional de leerle cada día.

Artículo publicado en el diario *Sur*

Viene de la página 6

dos primeros libros de versos (1955 y 1958). Lo que conocemos por ciencias sociales -y la crítica literaria pretende ser una de ellas- en demasiadas ocasiones adolece de una febril vocación taxonómica según la cual todo o casi todo lo que no es clasificable resulta o irreal o extraño en exceso. Verdadero será que asuntos (nunca trasuntos) tratados frecuentemente por la poesía de Alcántara lo son también por otros poetas coetáneos suyos -España como escenario trágico, esa suerte del yo entre y con los demás que hemos quedado en considerar poesía social-, como verdadero es que los ejes centrales sobre los que giran sus versos coinciden con los de aquella presunta generación y con los de toda la Poesía -escrita ahora con mayúscula- que en el mundo ha sido, es y será: la muerte, el amor, lo divino, el fluir del tiem-

po y la nostalgia -su afluente-. Si los mentores del quizás extravagante y en cualquier caso sesgado concepto de «Generación del 50» permitiesen la inclusión en el mismo de los poetas de «Alforjas para la poesía» y de la revista *Garcilaso*, la poesía del Alcántara podrá ser incluida con visos de certeza entre los parámetros de tal clasificación. En caso contrario, el poeta será un *outsider*, alguien extraño por otros con fines ajenos a los estrictamente literarios; el poeta, digo, y con él su poética, esto es, su particular modo de concebir

el mundo y de exponerlo en un texto.

Acabo de mencionar la palabra texto muy a propósito. Si antes me he referido casi en exclusiva a los poemas y a la poética de Manuel Alcántara,

toca ahora, concluir que los rasgos de su prosa coinciden con las características definitorias de su poesía, no en vano la obra de un escritor responde a una sola voz, la propia

Los rasgos de la prosa de Alcántara coinciden con las características definitorias de su poesía, no en vano la obra de un escritor responde a una sola voz, la propia

responde a una sola voz, la propia, que ni puede ni conviene cambiar de registro a tenor de la melodía que suena. El humor -a través de la ironía y en ocasiones del sarcasmo-; la nostalgia del hombre bueno rousso-

niano; la observación atenta del hoy mismo como tránsito hacia un inquietante o, mejor, improbable más allá; la repulsa ética, nunca moral, de determinados comportamientos humanos; la visión de la realidad desde un yo insobornable frente a todos y junto a todos, conforman a mi entender las claves para la adecuada exégesis de la prosa de Manuel Alcántara. Esas mismas claves también están en su poesía. Ambas, poesía y prosa, son en Alcántara el resultado de una metodológica búsqueda de la palabra idónea en el silio apropiado, envuelta siempre esa palabra en un hábito tan escéptico como estoico. El verso y la prosa, el poema y la columna periodística son, pues, en Manuel Alcántara los actores de una obra única concebida por medio de tres elementos que confluyen a un tiempo: el hombre, la pasión y el paisaje.